

to en el amor de Dios, la dureza del alma y la metalización del corazón, denotado por la falta de recepción de sacramentos, por la escasez de amor á Jesucristo Sacramentado, minó, rompió, acabó con la unidad perfecta que nos legaron cien generaciones de santos.

Pero si esta Unión se desvaneció como humo y en manos de hipócritas y traidores á su Religión y á su Patria, por falta de amor á Dios, puede restablecerse recobrando el amor perdido, amor que Jesucristo Sacramentado nos muestra para dárnoslo si lo apetecemos, y para conservarnos en él si no le somos infieles.

Y puesto que hemos considerado de qué manera el Salvador en la Eucaristía es base de la Unión: *signum unitatis*; necesitamos ahora estudiar que también será firme sostén de la misma, puesto que su eucarística Obra perpetua puede comunicar sobreabundantemente á los católicos vida, energía, ánimo, heroísmo, constancia y victoria; requisitos indispensables para que la Unión sea perfecta, y que pueden condensarse en esta frase del Tridentino: lazo de caridad, *vinculum charitatis*. Veámoslo:

12. Para que la Unión de los católicos resulte duradera y, más que duradera, permanente, y más aún que permanente, perpetua, nos es indispensable la vida eterna del Sacramento que se nos comunica mediante la recepción eucarística. Jesucristo ha declarado de sí mismo que es el Pan de la vida (1) y que quien le reciba sacramentado vivirá eternamente; habiendo llegado á lanzar terrible anatema (1) contra el que no comiere de su carne divina y de su sangre preciosa; ¿sabéis por qué? porque esta divina carne y esta preciosa sangre contienen vida eterna y la otorgan al que con ellas se comunica. No hay duración posible de un ser como no tenga al propio tiempo vida; y entre cristianos, entiéndase bien, no es posible caminar sin poseer la vida eterna, ¿cuánto más necesitará indispensablemente esta vida perpetua el ser moral del Catolicismo para que sea uno en su modo de pen-

(1) Joan VI.

sar, en sus aspiraciones y en su acción? Para que todas las intelectuales facultades y las corporales sensaciones y los movimientos de cada uno de los miembros del ser humano tiendan á la vez á un mismo fin, de suerte que en su acción simultánea resulte esa armonía bellísima de los actos proporcionados al fin que se pretende, es absolutamente indispensable la vida humana; de idéntica manera, para que los pensamientos y los sentimientos y las obras de todos los católicos tiendan simultáneamente al fin exclusivo del Catolicismo, de suerte que en esa acción común resulte una de las armonías más hermosas de la creación; necesitamos también, no una vida humana, sino divina, no una vida nacida del frío cálculo del amor propio, sino del amor eucarístico del Sacramento. «Sabido es, dice León XIII, que (1) después que Dios N. S. manifestó su benignidad y amor para con los hombres (2) surgió una fuerza creadora que renovó todo orden de cosas y se infiltró en las venas de la sociedad doméstica y civil. Nuevos lazos unieron á unos hombres con otros; establecieronse nuevas leyes y nuevas obligaciones públicas y privadas; se abrieron nuevos horizontes á las instituciones, á las artes y á las ciencias y lo que vale más, la voluntad y el corazón de los hombres se inclinaron á la verdad de la Religión, y á la pureza de costumbres, y esto no fué todo, sino que una vida verdaderamente celestial y divina fué comunicada al hombre, como dan á entender estas expresiones que se repiten en las sagradas Letras: Leño de vida, Palabra de vida, Libro de vida, Carne de vida y especialmente: Pan de vida. ¡Ah! Jesucristo, al regalar bondadosamente su Pan celestial para la vida del mundo, no entendió concederlo al mundo prevaricador, sino al mundo cristiano, al mundo justificado, al mundo penitente, resucitado por Él á la vida de la gracia; y este mundo es, en efecto, el que no puede en manera alguna prescindir de la vida Eucarística».

13. Esta vida saludable y eterna, acompañada va de

(1) Encíclica sobre la Eucaristía.

(2) Ad Tit III, 4.

grandes energías. Á la manera que para vestir honrosamente la librea de soldado real es indispensable no estar achacoso, ó raquítrico: así para vestir con gloria el uniforme de soldado de Cristo le precisa al católico ser fuerte y resuelto contra sus propios enemigos. Para que la Unión subsista, necesaria es la energía. ¿Y de dónde viene al cristiano la fuerza sino del Pan de los elegidos, (1) del Pan de los fuertes? ¿De dónde el valor sino de ese Sacramento, que en la fracción del Pan hizo abrir los ojos á los discípulos del Salvador que iban á Emaús? ¿De dónde la energía para pelear las batallas diversas, sino de aquel Señor, llamado de los ejércitos, precisamente porque infunde terrible pavor á los enemigos y bravura formidable á sus siervos? No hay mejor arma para combatir las astucias de Lucifer, dice San Gregorio, que la frecuencia del Santísimo Sacramento; y como las astucias de los mundanos, y como las astucias de los enemigos de la Religión son exactamente las mismas que las del padre de la mentira, pues participan del mismo género, por esta razón, nada, absolutamente nada puede haber como Jesucristo para que los católicos ya unidos desafien con denuedo las falsas valentías de toda casta de herejes y de incrédulos, seguros que han de vencer con Jesucristo.

14. Al paso que los siervos del Hombre-Dios necesitan de grandes energías para combatir y sostenerse unidos, y éstas son concedidas por el Sacramento del amor, del propio modo les es otorgado poderoso ánimo y resolución valiente por el mismo inefable Misterio, ya que estos requisitos les son indispensables para arrostrar toda suerte de dificultades. ¡Antes obedecer á Dios que á los hombres! ¡Antes pasar por mil trabajos que comulgar con el error! ¡Antes morir que dejarse vencer de los enemigos de Dios! Estas resoluciones varoniles no son, no pueden ser jamás hijas del frío cálculo humano, ó de la virtud y fuerza propias; porque así como el hierro candente no puede salir sino de una fra-

(1) Zacharías 9, 17.

gua en acción: así el ánimo esforzado de los caballeros de Jesucristo exhibirse no puede si antes no ha estado en inmediato contacto con el fuego inextinguible del Sacramento. Nuestro Señor, en uno de esos arranques celestiales que tan comunes le eran, pronunció ante sus discípulos estas misteriosas frases: Fuego vine á poner sobre la tierra, ¿y qué quiero yo sino que arda (1)? Pero este fuego sagrado no es otro sino aquél al cual denominan las Sagradas Letras, fuego consumidor (2) que, extinguiendo los vicios y los pecados, enardece el alma en santos propósitos. Este santo fuego está sobre la tierra, y sobre la tierra se halla instituído el divino Sacramento del Altar, fuego en el cual han de abrasarse las almas. Empero, el Señor, al desear que arda, es para darnos á entender que, puesto que Él arde ya en el Altar, exige que los católicos nos abrasemos por medio del Sacramento en puros deseos y en resoluciones dignas de los herederos del cielo.

Así como se obtiene fuego del pedernal, se obtiene también abundante llama de la piedra viva (3) que es Cristo Sacramentado; y en ardorosas llamas consumieron sus afectos terrenos los santos para volar al martirio. ¡Qué valor, qué resolución, qué alegría se notaba en el semblante de los cristianos llevados á los tormentos! Y ellos desafiaban con denuedo á las fieras, se arrojaban con ímpetu á las llamas, guardaban silencio en las torturas, cantaban alegres en las cárceles, respondían serenos á los jueces, deseaban gozosos la muerte, iban como á bodas al martirio, y morían como héroes que han alcanzado la victoria. ¿Y sabéis de dónde cobraron tanto ánimo? Pues más de un santo Padre asegura que los confesores de la fe, antes de entrar en combate, se armaban con el Pan de los Fuertes, y nadie se consideraba digno de aspirar á la inmarcesible palma y á la inmortal corona del martirio, si antes no frecuentaba el Sacramento (4).

(1) Luc. 12, 49.

(2) Deut. 4, 24.

(3) IPet. II, 4.

(4) S. Cipriano.

15. El milagroso á la par que necesario efecto que Jesucristo Sacramentado causaba en los siervos de Dios, precisa asimismo al católico que forma parte de la Unión, para conservarse en ese ánimo santo, imprescindible á una institución sobreterrena que tiene que luchar con toda clase de fieras, humanas y diabólicas. Pero el católico no debe temer; no tiene por que temer. Si el adorable Sacramento le concede ánimo valeroso, también sabrá dotarlo de un heroísmo admirable. Cada batalla, por formidable que sea, que los católicos den al mundo y á los herejes, estando armados con la terrible espada del Dios que todo lo puede, será, si no una victoria por de pronto, al menos un ejemplo de heroísmo á toda prueba, una lección terrible para los enemigos. Y si no se consigue la victoria tan pronto como se desea, podremos asegurar en voz alta que la hemos conseguido de nosotros mismos; que la hemos obtenido del mundo y del demonio, como la consiguieron los siervos de Dios, como la obtuvieron los mártires. Después, más tarde, cuando Dios guste, armados con su Sacramento venceremos, no hay duda; pues si Cristo vence, reina é impera, ha de vencer, reinar é imperar por los católicos y con los católicos, á la manera que venció, reinó é imperó con D. Pelayo, con D. Alfonso el Católico, con el Cid, con D. Jaime el Conquistador, con S. Fernando, con Cisneros, con Carlos V y Felipe II, héroes que, con formidables ejércitos católicos, armados con el Pan de los fuertes, pudieron derrotar á sus enemigos y dispersarlos, como son dispersadas las aves al estruendo del cañón, y aventadas como el leve polvo al soplo de terrible huracán.

16. Mas la vida, la energía y el heroísmo con que debe ser dotada la Unión futura de los católicos son muy poca cosa si todos aquellos requisitos no van acompañados de la durabilidad, de la constancia en el bien comenzado. Todas las obras de Dios son estables, porque participan del atributo esencial de la eternidad en Dios; por manera que la Unión católica, si ha de ser tal, por necesidad ha de ser estable. Al prometer el Salvador que estaría con los hom-

bres perpetuamente en el Sacramento del Altar (1) quiso significarnos que no temiéramos á las potestades del mundo, (2) pues Él desde la Eucaristía permanecería constantemente siendo nuestro protector, nuestro defensor, (3) nuestro abogado y refugio, si es que nosotros solicitamos su protección, su defensa, su intercesión y su inviolable asilo. Si Jesucristo Sacramentado preside nuestros pensamientos, la unión se hará y durará como el mundo; si preside nuestra acción, la unión se verificará y será perpetua; si preside nuestra ulterior conducta, la unión ya hecha se consolidará y se consumará con los tiempos, pues las obras presididas y apoyadas por Jesucristo Sacramentado deberán subsistir como Él, ya que Él con nosotros estará en el Sagrario perpetuamente. Para el efecto debemos seguir el consejo del Apóstol: *stantes in fide* (4); siendo firmes en el amor que por base reconoce á la fe católica, nuestras esperanzas, las esperanzas de la Iglesia católica lisonjeras son, risueñas son como es risueño y lisonjero el celestial Edén, patria á donde todos caminamos.

17. Y estas esperanzas terrenas serán coronadas por la gloriosa victoria que el Señor concede al cabo de la jornada á los que en Él se inspiran, á los que con Él trabajan y á los que por Él pelean. No, no es posible que Jesucristo desmienta sus palabras; no, no es posible que Jesucristo no sea el Verbo del Padre; y el Verbo del Padre ha dicho que el que no está con Él contra Él está; (5) y el Verbo del Padre ha prometido que el que perseverare con Él será salvo (6).

El Santo Sacramento del altar es, empero, el poderoso medio para que, perseverando con Jesucristo, alcance el católico la victoria en este mundo y el glorioso y eterno triunfo en el cielo. ¿Quién ha habido que haya orado ante la Di-

(1) Math. 28.

(2) Math. 10, 28.

(3) Ps. 45, 2.

(4) I Cor. XVI, 13.

(5) Math. XII, 30.

(6) Math. X, 12.

vina Eucaristía y no se haya sentido fuerte? ¿quién, que recibiendo en su pecho á la Divina Eucaristía, no se haya sentido héroe? Nuestros mayores, al calor del Sagrario, combinaban los planes de batalla, y con la posesión del Sacramento luchaban esforzadamente contra los infieles y los herejes; y desde Covadonga hasta las Navas de Tolosa, y desde las Navas de Tolosa hasta la toma de Granada, cada acción y cada batalla se dió á impulsos del divino fuego eucarístico, y cada plaza y cada región eran conquistadas con la fuerza de la fe y del amor que les comunicaba el Dios del Sacramento. Y éstos nuestros mayores, los que hasta su muerte pelearon sirviendo á Jesucristo, fueron dichosos y recibieron la inmortal corona de la eternidad.

Ahora bien; lo que nuestros ascendientes en la fe practicaron ¿no podremos ejecutarlo los católicos? Hágase la Unión por Jesucristo, con Jesucristo y para Jesucristo, y la victoria no podrá tardar mucho; después, cuando el sol de nuestros horizontes se nuble para nuestra existencia terrena, aparecerá en el celeste firmamento el Sol de las eternidades que nos alumbrará para siempre. Si alguno comiere de este Pan vivirá eternamente (1).

18. Compendiando, ahora, las ideas principales emitidas en el presente discurso, debo observar que la Unión de los católicos es absolutamente necesaria para el triunfo del Catolicismo; de lo contrario peligramos inminentemente en nuestra amada Patria. Recordemos la terrible amenaza de Jesucristo: «Todo reino dividido entre sí será desolado; (2)» y apliquémosla á nuestro lamentable estado. Que en efecto esta Unión debe hacerse en la Iglesia, por la Iglesia, y según la Iglesia, anteponiendo cada cual los intereses comunes de Jesucristo á los intereses propios personales y políticos. Recordemos también aquella otra máxima obligatoria del príncipe de los apóstoles que dice: «Antes hay que obedecer á Dios que á los hombres» (3). Que finalmente la

(1) Joan. VI.
(2) Math. XII, 25.
(3) Act. V, 29.

mencionada Unión debe hacerse, no para fines políticos ni mundanos, sino para gloria de Jesucristo, para la salvación de las almas; en una palabra: para que el mundo conozca que la Iglesia Católica es obra, no de la tierra, sino del cielo, y que el Hijo de Dios ha sido mandado por el Padre para la salvación del hombre: *Ut cognoscat mundus quia tu me missisti* (1); que éste es el fin principal é inmediato por el cual quiere Jesucristo la Unión entre católicos.

Si así es, si la doctrina que acabo de exponer es sólida, es verdadera, en grave estado, en lamentabilísimo estado se hallan aquellos católicos que reusan la Unión, ó la impiden, ó murmuran de ella; así como en el propio estado se hallan los que la quieren, no según la Iglesia, sino según su humano capricho. Jesucristo abomina de todos estos individuos que no están con Él, sino contra Él; que no recogen, sino desparraman. Éstos llamarán un día á las puertas del cielo creyendo haber trabajado por el Hombre Dios, pero el Hombre Dios desde puertas adentro, y sin abrírselas, responderá indignado: No os conozco (2).

Acudamos, los que de veras deseamos la Unión, á la fuente del amor, á Jesucristo Sacramentado; y puesto que en su altar arde continuamente el Fuego Sagrado de su amor (3), pidámosle que arroje en nuestros corazones una divina chispa, de suerte que, prendiendo en ellos, los consuma en su amor y en el de nuestros hermanos, á fin de que todos unidos, y peleando unánimemente por Jesucristo en la tierra, granjeemos el triunfo eterno en el cielo. Así sea.

(1) Joan XI, 42.
(2) Math. 25, 12.
(3) Levit. VI 12.